

es la vida de nuestro cuerpo; y así como faltando el alma al cuerpo, muere este, así faltando Dios al alma, se muere esta. Véase el sermón XIII de san Agustín, *De Martyribus*.

CAPÍTULO XXI.

Del modo con que la bienaventuranza está en nuestra memoria.

30. ¿Por ventura está en nuestra memoria la bienaventuranza, así como lo está la ciudad de Cartago en la del que alguna vez la ha visto? No por cierto; porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, pues no es cuerpo. ¿Acaso la tenemos en nuestra memoria como tenemos los números? Tampoco es de este modo; porque el que tiene conocimiento de los números, no desea ya ni solicita alcanzarlos.

¿Acaso nos acordamos de la bienaventuranza, como nos sucede con la elocuencia? Tampoco; pues aunque al oír ese nombre, es cierto que se acuerdan de la elocuencia aun aquellos que no son elocuentes, y muchos que desean serlo (de donde se infiere claramente, que tenían noticia y conoci-

miento de lo que es elocuencia); pero les ha venido esa noticia por los sentidos corporales, viendo ú oyendo á otros que eran elocuentes, de lo que provino el aficionarse á la elocuencia, y darse á conseguirla (aunque es verdad, que si no tuvieran interiormente noticia, no tendrían ese gusto y afición, y fallándoles la afición y el gusto á la elocuencia, tampoco tendrían deseo de alcanzarla); pero la vida bienaventurada no la hemos experimentado en hombre alguno por informe de los sentidos.

¿Será por ventura del modo con que nos acordamos de la alegría? Puede que sea así; porque así como estando triste, puedo acordarme y me acuerdo de mi alegría pasada, así aunque esté en la mayor infelicidad y miseria, puedo acordarme de la vida feliz y bienaventurada. Además de esto se parecen también en que tampoco ninguno de mis sentidos corporales percibe jamás mi gozo ó alegría, pues ni la ví, ni la oí, ni la olí, ni la gusté, ni la palpé; solamente la sentí ó experimenté en mi alma cuando tuve aquella alegría: su especie y noticia quedó impresa en mi memoria, para poder acordarme de

dicha alegría, unas veces para aborrecerla y otras para desearla, según la diversidad de objetos de que recuerde haberme alegrado. Si ahora me acuerdo de alguna alegría que tuve causada de objetos torpes, la detesto y abomino; y si por el contrario me acuerdo de la que tuve nacida de cosas buenas y honestas, deseo volver á tenerla ó continuarla, no obstante que acaso ya no existan ni estén presentes aquellas cosas ó acciones, y por eso no me acompaña la tristeza cuando hago memoria de esta alegría pasada.

31. Pues ¿dónde y cuándo experimenté yo mismo mi vida bienaventurada, para que me acuerde de ella, y la ame y la desee? Ni en esto soy yo solo, ó tengo pocos que me acompañen, sino que todos deseamos ser bienaventurados; lo cual no apeteceríamos con una voluntad tan firme y determinada, si no la conociéramos con certeza, ó no tuviéramos de ella cierta y segura noticia.

Pero ¿en qué consiste, que si á dos hombres se les preguntase si querían seguir la carrera de la milicia, es muy posible que el uno respondiera que sí, y el otro que no, y que si á entrambos se les preguntase si querían

ser bienaventurados, sea también muy posible que uno y otro respondiesen al punto sin poner duda en ello, que lo querían y estaban deseando; y que no por otro fin sino el de ser felices y bienaventurados, tomaban dos partidos tan opuestos, como querer el uno seguir la milicia, y el otro no seguirla?

Tal vez porque unos hombres tienen su alegría y gozo en una cosa y otros la tienen en otra, por eso concuerdan todos en responder que quieren ser bienaventurados; como convendrían también si se les preguntase si querían vivir alegres y contentos, porque este mismo contento y alegría es lo que ellos llaman vida bienaventurada. Aunque esta alegría la consiguen unos por un camino y otros la alcanzan por otro, es uno mismo el fin á donde todos conspiran y desean llegar, que es á vivir alegres y contentos.

Esta es una cosa tan común, que nadie puede decir con verdad que no la haya experimentado en sí mismo: por eso cuando se oye el nombre de la vida bienaventurada, se reconoce al instante por aquella especie de alegría que se halla en la memoria.

CAPÍTULO XXII.

En qué consista la vida bienaventurada, y dónde se ha de buscar.

32. No quiera ni permita, Señor, vuestra misericordia, que en el corazón de este humilde siervo vuestro, que delante de Vos descubrí los secretos de su alma, tenga entrada jamás ese vano pensamiento de juzgarme bienaventurado con cualquier género de gozo y alegría que haya tenido. Porque hay otro verdadero gozo que no se concede á los impíos y malos, sino solamente á aquellos que os sirven voluntariamente, de los cuales Vos mismo sois el gozo: esa es la vida bienaventurada, una alegría ordenada á Vos, dimanada de Vos, y poseída por amor de Vos: esa misma es, y no hay otra verdadera. Aquellos que juzgan que hay otra distinta de esa, siguen otra muy diferente alegría, pero no esa misma que es la verdadera; y solo alguna aparente semejanza de la verdadera alegría es la que siguen, y de la cual no se aparta su voluntad.

CAPÍTULO XXIII.

Prosigue explicando qué cosa sea la vida bienaventurada, y dónde se halla.

33. Luego no es cierto que todos desean ser bienaventurados; porque aquellos que no quieren la alegría que Vos comunicais, que es la única vida bienaventurada, sin duda no quieren la que lo es cierta y verdadera; ó bien deberá decirse, que la quieren y desean todos; pero como *la carne tiene unos deseos contrarios al espíritu, y este los tiene también opuestos á la carne*, no pudiendo uno y otro hacer lo que entrambos quieren, vienen á dar y caer en lo que pueden, y con ello se contentan: y es porque aquello que no pueden, no lo quieren tanto como es necesario para que lo puedan.

Si les pregunto á todos, si quieren mas gozar de esta alegría que proviene de la verdad, que de otra que provenga de la mentira, responderian todos, que mas quieren la alegría que nace de la verdad, y que desean ser felices y bienaventurados: porque

la vida bienaventurada es alegría y gozo que nace de la verdad ; que es lo mismo que decir , alegría que nace de Vos , *que sois la verdad suma, mi luz, mi Dios, vida y salud de mi alma.* Todos, pues, quieren esta vida bienaventurada ; esta vida, digo , que únicamente es la bienaventurada, todos la quieren : todos, vuelvo á decir, quieren y desean el gozo y alegría de la verdad ; pues aunque he tratado á muchos que quisieran engañar á otros, á ninguno he visto que deseara ser engañado.

¿Dónde, pues, conocieron esta vida bienaventurada, sino allí mismo donde tambien conocieron la verdad? Á esta la aman tambien, supuesto que no quieren ser engañados, y amando la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino alegría de la verdad, han de amar precisamente tambien á esta ; y no pudieran amarla, si no tuvieran alguna noticia de ella en su memoria.

¿Por qué, pues, no hacen de ella su gozo y alegría? ¿Por qué no son felices y bienaventurados? Porque la adhesión que tienen á otras cosas es mas fuerte y eficaz para hacerlos miserables é infelices, que aquel leve

y escaso conocimiento que tuvieron de la verdad para hacerlos felices y bienaventurados. Y esto nace de que *todavía hay poca luz en los hombres: dñense, pues, prisa á caminar adelante, para que no acaben de hallarse sin luz enteramente.*

34. Amando todos la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino la alegría que se tiene de la verdad , ¿por qué causa la verdad engendra odio en los hombres, y aun vuestro Hijo Jesucristo se hizo enemigo de ellos porque se la predicaba? La causa de esto no puede ser otra , sino que de tal modo se ama la verdad , que aun aquellos que aman otra cosa muy distinta, quisieran que fuese la verdad aquello que aman : y como por otra parte no quieren ser engañados, tampoco quieren verse convencidos de que lo son. Así, pues, aquella misma cosa que tienen por verdad, y como á tal la aman, es el motivo de que aborrezcan la verdad. Aman la verdad en cuanto resplandece ó ilumina ; pero la aborrecen en cuanto los acusa y reprende ; y como ellos no quieren ser engañados, pero quieren engañar á otros ; aman la verdad cuando ella se descubre ó manifiesta á sí mis-

ma ; pero la aborrecen cuando los descubre ó los manifiesta á ellos. Así pues, la correspondencia que tendrán de la verdad, será que á los que no quieren que los descubra y manifieste, los manifestará y descubrirá, aunque ellos no quieran, sin que la misma verdad se descubra y manifieste á ellos. Así es tambien puntualmente el espíritu del hombre que quiere ocultar su ceguedad, sus achaques, su fealdad, sus indecencias, y no quiere que á él se le oculte cosa alguna ; pero sucede al contrario, que él queda descubierto para la verdad, y la verdad queda oculta para él : no obstante este estado de miseria en que se halla, mas quiere gozar y alegrarse de bienes sólidos y verdaderos, que de aparentes y falsos. Luego será verdaderamente *bienaventurado*, si libre de toda molestia, no hallase ya alegría sino en la Verdad suprema, de quien participaron su verdad todas las otras cosas verdaderas.

CAPÍTULO XXIV.

Se alegra Agustín de haber hallado á Dios dentro de su memoria.

35. Mirad, Señor, cuánto me he detenido recorriendo la anchurosa extension de mi memoria, solo para buscaros, y no he podido hallaros fuera de ella : no he hallado de Vos cosa alguna que no estuviere en mi memoria, desde el instante que tuve conocimiento de Vos ; pues jamás os he olvidado desde que os he conocido. En donde hallé la verdad, allí mismo hallé á mi Dios, que es la Verdad misma, que nunca olvidé desde que la conocí. Y así, Dios mio, desde que tuve conocimiento de Vos, permanecéis en mi memoria, y en ella misma os hallo cuando hago mencion de Vos, y me deleito en Vos. Estas son mis santas delicias, que os habeis dignado concederme por vuestra misericordia, atendiendo á mi pobreza.

CAPÍTULO XXV.

En qué grado de la memoria se halla á Dios.

36. Pero ¿en qué parte de mi memoria estais, Señor? ¿qué lugar teneis en ella? ¿cuál es la morada que habeis fabricado para Vos allí? ¿cuál es el santuario que en ella edificásteis para Vos? Vos, Señor, concedísteis á mi memoria la honrosa dignidad de que Vos esteis y permanezcais en ella; pero lo que ahora considero es, en qué parte de mi memoria estais. Porque, para acordarme de Vos, subí, como tengo dicho *, mas arriba de todos aquellos grados en que mi memoria conviene con la de los irracionales; porque no os hallaba en aquella parte de mi memoria, donde están las imágenes de las cosas corpóreas. Subí, pues, á otro grado superior de mi memoria, donde tengo depositadas las afecciones ó pasiones de mi alma; y tampoco allí os hallé. Pasé mas adelante, y entré á buscaros en el mismo seno, donde re-

* En el capítulo xvii de este libro.

side mi alma, que es el lugar que ella tiene para sí dentro de mi memoria, porque tambien mi alma se acuerda de sí misma; y tambien Vos estábais en aquel seno: porque así como Vos no sois alguna imágen corpórea, ni pasion ó afeccion alguna de las que suele en sí experimentar el alma, como sucede cuando nos alegramos, nos entristecemos, deseamos, tememos, nos acordamos, nos olvidamos, y todas las otras afecciones semejantes; así tampoco sois lo que es nuestra alma, sino una sustancia muy distinta y superior á ella, como que sois el Señor y Dios de mi alma, fuera de que todas estas cosas que he dicho, son varias y mudables, y Vos permanecéis sobre todo lo criado eternamente invariable, y sin poder padecer variedad ni mutacion alguna; pero no obstante, desde que os conocí os habeis dignado habitar en mi memoria.

Mas ¿para qué ando buscando el lugar propio que teneis en ella, como si allí hubiera lugares distintos ó separados? Vos ciertamente estais de asiento en ella, porque yo me acuerdo de Vos desde que os conocí, y

os hallo en mi memoria cuando me acuerdo de Vos.

CAPÍTULO XXVI.

Dónde se halla á Dios.

37. Pero ¿dónde os hallé para poder conocerlos? porque, antes que os conociera, no estábais en mi memoria. ¿Dónde, pues, os hallé para conocerlos, sino en Vos mismo y mas arriba de mí? Pero de ningun modo hay en esto espacios ni lugares; y no obstante eso, es verdad que ya nos apartamos de Vos, ya nos acercamos á Vos sin que en esto intervenga algun lugar. En todas partes estais, Verdad eterna, presidiendo á todos los que os consultan y se aconsejan de Vos, y á todos les respondeis á un tiempo, aunque os pregunten cosas muy diferentes. Bien claramente les respondeis á todos, pero no todos oyen vuestras respuestas claramente. Todos os consultan y preguntan segun su inclinacion y voluntad; pero no á todos respondeis conforme á su voluntad é inclinacion. El mejor

de todos vuestros siervos es aquel que no atiende tanto á oir de Vos lo que él desea y quiere, como á querer y ejecutar lo que de Vos oyere.

CAPÍTULO XXVII.

Como la hermosura de Dios arrebató hácia sí al hombre.

38. Tarde os amé, Dios mio, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estábais dentro de mi alma, y yo distraido fuera, y allí mismo os buscaba: y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habeis criado. De lo que infiero, que Vos estábais conmigo, y yo no estaba con Vos; y me alejaban y tenian muy apartado de Vos aquellas mismas cosas que no tuvieran ser, si no estuvieran en Vos. Pero Vos me llamásteis y dísteis tales voces á mi alma, que cedió á vuestras voces mi sordera. Brilló tanto vuestra luz, fue tan grande vuestro resplandor, que ahuyentó mi ceguedad. Hicisteis que llegase hasta mí vuestra fragancia, y to-

mando aliento respiré con ella, y suspiro y anhelo ya por Vos. Me dísteis á gustar vuestra dulzura, y ha excitado en mi alma una hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocásteis, y me encendí en deseos de abrazaros.

CAPÍTULO XXVIII.

De las miserias de esta vida.

39. Cuando total y perfectamente esté yo unido á Vos, no habrá ya para mí de ningun modo trabajo ni dolor alguno, y mi vida será totalmente viva, porque toda estará llena de Vos. Pero ahora me soy gravoso á mí mismo, porque no estoy lleno de Vos; pues á los que Vos llenais, les quitais su pesadez.

Mis pasadas alegrías dignas de llorarse, luchan con mis presentes tristezas dignas de alegría; y no sé en esta lucha quién lleva la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Batallan, digo, mis tristezas malas con mis alegrías buenas, y no sé quién saldrá con la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Mirad, Señor, que

no oculo mis llagas. Vos sois el médico, yo soy el enfermo: Vos sois misericordioso, yo lleno de miseria. ¿Por ventura podréis Vos olvidar que la vida del hombre sobre la tierra es una tentacion continua?

¿Quién hay que ame las molestias y trabajos? Vos, Señor, mandais que las suframos, no que las amemos. Ninguno ama aquello que sufre y tolera, aunque tenga amor á tolerarlo y sufrirlo. Pues aunque alguno se alegre de que lo tolera y sufra; pero no obstante, mas quiere que no haya que sufrir y tolerar. Cuando padezco cosas adversas, deseo las prósperas; y cuando estoy en posesion de las prósperas, estoy temiendo las adversas. ¿Qué medio puede hallarse entre estos dos contrarios, donde la vida humana deje de ser probada y combatida de semejantes afectos? Arriesgadas son las prosperidades del siglo de una y dos maneras: ya por el temor de la adversidad, ya por la corrupcion de la alegría. Arriesgadas son tambien las adversidades del siglo de una, dos y tres maneras: ya por el deseo de la prosperidad, ya porque la adversidad misma es áspera y penosa, ya porque en ella pelagra la paciencia.

Pues, siendo esto así, ¿cómo podrá dudarse que la vida del hombre sobre la tierra sea una tentacion continuada sin intermision alguna?

CAPÍTULO XXIX.

Que toda nuestra esperanza ha de ponerse en Dios.

40. Toda mi esperanza, Dios y Señor mio, se funda únicamente en vuestra grandísima misericordia. *Dadme lo que me mandais, y mandadme lo que quisiéreis.* Nos mandásteis ser continentes¹; pero yo sé, dice el Sábio, que ninguno puede serlo, si Dios no le concede esta virtud: y tambien es un don de la Sabiduría increada, el conocer de quién proviene esta dádiva. Porque la continencia es la virtud que nos reúne y nos reduce á ser una cosa sola; de cuya unidad habíamos degenerado haciéndonos de uno muchos, y dividiendo nuestro corazon en multitud de cosas; y menos, Señor, os ama, el que juntamente con Vos ama alguna otra cosa, que no la ama por Vos. ¡Oh amor, que siempre ardeis y nunca os apagais! ¡Oh Dios mio, ca-

ridad infinita, encended mi corazon! Nos mandais la templanza ó continencia: pues² dadnos lo que mandais, y mandad lo que quereis.

NOTAS.

¹ Aquí no se toma la continencia por la castidad, que hace que el hombre se abstenga de toda delectacion venérea; sino mas generalmente por aquella virtud, que es, segun santo Tomás (2, 2, q. 155, a. 1, c.) por la cual resiste el hombre á todos los deseos malos y desordenados. Lo cual todavia no es virtud perfecta, sino como un principio é incoacion de las virtudes, y por eso es propia de los que comienzan á servir á Dios.

² San Agustín refiere en el libro *De dono perseverantiæ*, que leyendo en Roma un obispo en presencia de Pelagio estas mismas palabras de san Agustín: *Da quod jubes, et jube quod vis*; y admirándolas como un excelente modo de pedir á Dios; Pelagio se alteró tanto contra el obispo, que estuvo cerca de perderle el respeto. Pero ello es cierto, que contienen un método fácil, pronto, sólido y cristiano de hacer oracion á Dios en cualquiera dificultad que hallemos en la observancia de la ley, diciendo con humildad y fervor: *Dadme, Señor, lo que me mandais, y mandadme lo que quereis.* Porque hemos de estar en que nosotros somos suficientes por nosotros mismos para lo malo; pero para lo bueno, y para cumplir los preceptos de Dios, no somos suficientes por nosotros mismos sin la gracia de Dios

que lo íntima. Así como puede cualquiera cerrar sus ojos cuando quiere, y dejar de ver; pero aun con ellos abiertos no podrá ver, si no le ayuda y le acompaña la luz, como dice el mismo santo Doctor en el libro *De Gestis Pelagii*.

CAPÍTULO XXX.

Confiesa Agustin el estado en que se hallaba en orden á las tentaciones libidinosas.

41. Vos, Señor, me mandais que reprima la concupiscencia de la carne, la de los ojos, y la ambicion de los honores mundanos. Mandásteis que me abstudiese del acceso carnal; y aun me aconsejásteis otra mejor y mas perfecta continencia que la que es propia del matrimonio y que Vos habeis permitido. Vos mismo me lo concedísteis, y se efectuó en mí eso que me aconsejásteis, aun antes de que yo fuese ordenado y hecho ministro y dispensador de vuestros Sacramentos. Pero aun viven en mi memoria (de la cual he hablado tan largamente) las imágenes de aquellas cosas torpes que mi mala costumbre dejó estampadas en ella; las cuales se me presentan ya cuando estoy despierto, ya cuando dor-

mido: cuando despierto se me ofrecen como flacas y sin fuerzas; pero entre sueños llegan no solo á causar deleite, sino tambien una especie de consentimiento y obra, que son muy semejantes á la obra y consentimiento verdaderos. Puede tanto en mi alma y en mi cuerpo aquella ilusion y engaño causado por las dichas imágenes, que me persuaden é inducen dormido aquellas visiones falsas á lo que no me indujeran ni persuadieran despierto los mismos objetos reales y verdaderos. Por ventura, Dios y Señor, ¿no soy yo el mismo entonces que cuando estoy despierto? Pues ¿cómo me diferencio tanto de mí mismo, desde el punto en que paso de despierto á dormido, hasta que vuelvo á pasar de dormido á despierto?

¿Dónde está entonces mi razon y entendimiento, que estando en vela resiste á semejantes sugestioness con tal fuerza, que aunque las mismas cosas reales y verdaderas se me pongan delante, no bastan á conmovirme? ¿acaso se cierra tambien la razon al mismo tiempo que se cierran los ojos para dormir? ¿acaso ella se duerme juntamente con los sentidos del cuerpo? Además, ¿en qué con-

siste que muchas veces aun entre sueños resistimos tambien á semejantes sugeriones, y acordándonos de nuestro propósito en orden á la castidad, perseveramos firmemente en él, y no damos consentimiento alguno á tales deleites halagüenos y engañosos? Con todo, hay en esto tan grande diferencia de nosotros á nosotros mismos, que cuando en el sueño ha sucedido al contrario, en despertando volvemos á tener quieta y sin remordimientos la conciencia; y en esta misma diferencia conocemos, que no hicimos nosotros aquello que entre sueños se ejecutó en nosotros, y fuese como fuese, lo sentimos y desaprobamos.

42. ¿Por ventura, Dios mio todopoderoso, no tiene fuerza y poder vuestra divina mano para curar perfectamente todas las enfermedades de mi alma, y apagar tambien con vuestra gracia mas especial y activa los movimientos impuros que padezco en sueños? Yo espero, Señor, que aumentaréis mas y mas en mí vuestras gracias y dones, para que mi alma libre y enteramente desprendida de la pegajosa liga de toda concupiscencia, pueda seguir sin estorbo los movimien-

tos y afectos que me llevan hácia Vos, y no sea rebelde á sí misma; antes bien aun entre sueños, no solamente quede libre de ejecutar aquellas torpezas de corrupcion, que en fuerza de las imágenes animales llegan á hacer su propio efecto en la carne; sino que tambien esté muy léjos de consentirlas. Respecto de un Dios omnipotente, *que podeis hacer mucho mas de lo que nosotros podemos pedir ni pensar*, no seria cosa muy grande ni dificultosa el hacer que atendido no solo este método de vida que sigo, sino tambien esta edad que tengo, ninguna de aquellas impurezas haga en mi alma entre sueños la mas leve impresion contraria á la castidad, que tambien con la mas leve atencion pudiera estorbarse ó reprimirse.

Pero el estado en que me hallo por ahora en cuanto á este género de mal, ya lo he confesado á Vos, Dios y todo mi bien, alegrándome (aunque con algun temor todavía) por el bien que ya me habeis concedido, llorando por lo que aun me falta, y esperando que Vos perfeccioneis los buenos efectos que han obrado ya en mí vuestras misericordias, hasta concederme aquella paz cumplida y

perfecta que ha de haber con todas las potencias y sentidos de mi alma y de mi cuerpo, cuando se verifique *que la muerte quede tan cumplidamente vencida, que toda su guerra se muda en ¹ victoria.*

NOTA.

¹ Da motivo á esta version el leer aqui san Agustin: *Cùm absorpta fuerit mors in victoriam*; y no en el sexto caso *in victoria*, conforme á la Vulgata.

CAPÍTULO XXXI.

Del estado en que se hallaba en orden á las tentaciones de la gula.

43. Tambien el dia nos ocasiona otro mal y daño; y ¡ojalá que este fuera único y solo! Porque todos los dias reparamos por la comida y bebida las ruinas que cotidianamente padecen nuestros cuerpos, hasta que llegue el dia en que Vos destruyais no solo las viandas, sino tambien al estómago que las destruye á ellas; que será cuando mateis mi hambre y necesidad enteramente con aquella soberana hartura, y vistais á este corrup-

tible cuerpo de una incorruptibilidad perpetua y sempiterna. Pero al presente esta hambre y necesidad me es suave y deliciosa: y tengo que pelear contra este mismo deleite y suavidad, para no dejarme prender y cautivar de ella: esta guerra es cotidiana en los ayunos, pues ayunando con frecuencia para *reducir mi cuerpo á la sujecion y servidumbre*, sucede que esa misma molestia del ayuno hace despues mas agradable y deleitoso el alimento.

La hambre y la sed son ciertos dolores que incomodan, abrasan y consumen como una calentura, y causarian la muerte á cualquiera, si no se le socorriese con la medicina de los alimentos: como esta la tenemos tan á mano, por la abundancia de vuestros dones, con los cuales haceis que la tierra, el mar, el cielo contribuya y sirva á nuestra necesidad y dolencia; *esta especie de trabajo y calamidad* se llama ya gusto y regalo.

44. Vos, Señor, me habeis enseñado que debo usar de los alimentos, del mismo modo que de los medicamentos; pero cuando he de pasar desde la molestia que ha causado en